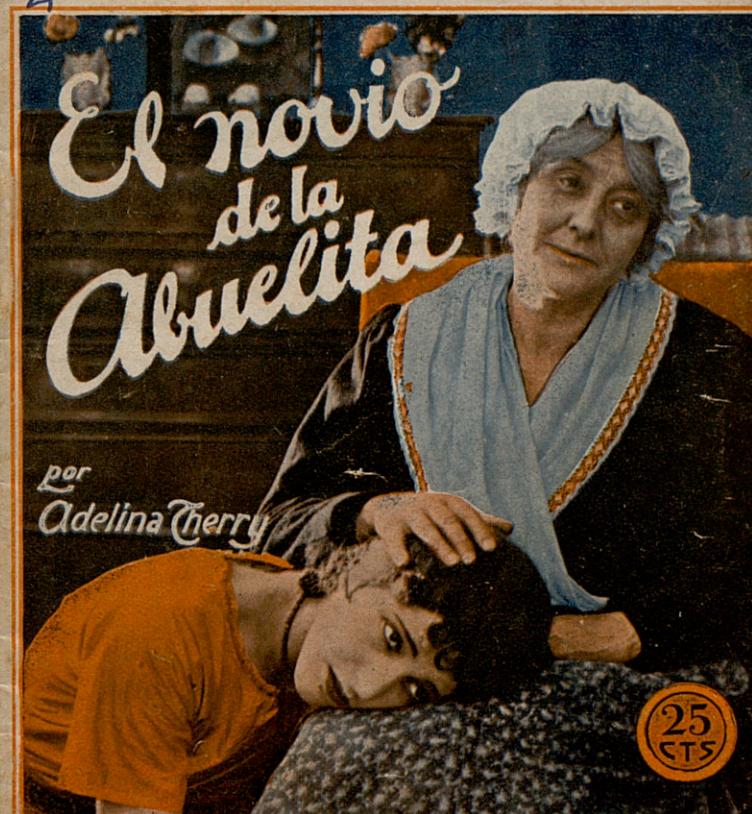


PELICULAS

Novela Semanal

El novio
de la
Abuelita

por
Adelina Cherry



25
CTS

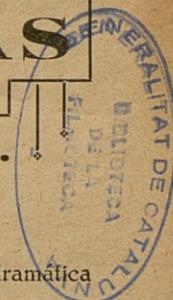
VASSALLO, G. Orlando



PELÍCULAS

NOVELA SEMANAL

NÚM. 4 :: 25 CTS.



Versión literaria de la interesante comedia dramática

El novio de la abuelita

CL'AMOROSO DELLA NONNA,
interpretada por Lya Maris, Renato Visca, Adelina

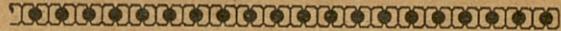
Chierry y Van-Riel i GINO TALAMO

EXCLUSIVAS PROCINE

CALLE DE CLARÍS, 71 - BARCELONA

PUBLICACIONES MUNDIAL

APARTADO CORREOS 925: BARCELONA



Venecia, la perla del Adriático, la ciudad evocadora de músicos y poetas, yace como aplastada por el peso de sus grandesas pretéritas. Sus mil canales, de aguas de color de esmeralda, en otro tiempo punto de reunión de cientos de naves que como reguero de hormigas salían hacia todos los rincones del mundo a mostrar el poderío de la industrosa república de los dux, apenas si hoy se ven surcadas por diminutas góndolas, de formas arcaicas, último vestigio vivo de aquellos tiempos de gloria.

Uno de estos gondoleros, de extraño uniforme, cromotipia viviente de otra edad, es el protagonista de nuestra historia. Mómolo Paneti era descendiente de una familia de gondoleros, oficio que en su familia tenía los caracteres de una verdadera institución. Gondoleros habían sido su padre, su abuelo... y desde los remotos tiempos de los Gremios y las Cofradías, desde la lejana fecha en que los dux y el terrible «Tribunal de los Doce» rigieron los destinos de la República y administraban la justicia, el nombre de los Paneti no había cesado de figurar en los archivos, cuando como ganadores de las regatas anuales por las fiestas del Redentor o de San Marcos, cuando

como presidentes del respetable gremio de gondoleros.

Vivía Mómolo Paneti en estrecha casucha tras uno de los callejones de la universalmente famosa catedral y tenía su parada al final de la pazoleta de San Marcos bajo las blancas gradas de los jardines, puesto sagrado que jamás ningún otro gondolero se atrevería a tomar sin su permiso. Tenía un hijo llamado Nane, a la sazón de unos veintidós años, y Nane, como buen Paneti, era lo mismo que su padre. Nadie tan diestro como él joven en el manejo del remo de popa, que hace las veces de remo y de timón.

Y mientras su padre, en una jerga que quería parecerse a todas las lenguas y no se parecía a ninguna iba explicando a los extranjeros fantásticas historias acaecidas en los palacios que bordean el gran canal, historias cada día repetidas y cada vez agrandadas por su exaltada imaginación, los recios músculos de Nane impulsaban lentamente la barca. (caprichoso dragón mitológico) que se deslizaba rauda por el cristal de las aguas.

Tenía Mómolo una hija de diez y ocho primaveras llamada Rosina, bella como un sueño, para quien en su día esperaba encontrar un bravo gondolero al cual se uniría en matrimonio siguiendo también las tradiciones de la familia.

Estos eran los planes de Mómolo: Los de Rosina en cambio no podían ser más distintos. La linda criatura amaba en silencio a un apuesto joven, huérfano, perteneciente a ilus-

tre familia y como aquel amor era un imposible...

Pero quizá fuera precisamente por ello por lo que la bella veneciana amara aún más y más al apuesto mancebo que mañana y tarde rondaba ante la pobre casita con el fin de ver de vez en cuando el bello rostro de la dama de sus pensamientos.

Y cada vez que la linda muchacha salía a entregar sus encajes o se veía precisada a abandonar su morada por las mil necesidades domésticas, Carlos Gavani (así se llamaba el estudiante) uníase a ella y juntos los dos marchaban a través de las silenciosas calles hilando los dorados hilos de la madeja de sus ilusiones.

Vivía Carlos en compañía de un tío suyo, llamado Bartolo Gavani, viejo y avaro rentista que soñaba para su sobrino con una de las más ricas madonas de la ciudad.

Tarea difícil sería convencer al viejo negociante, hacerle renunciar a sus propósitos de unir dos fortunas, pero Carlos se encargaría de ello lentamente. Para él no había fortuna comparable a las amorosas miradas de los negros ojos de Rosina. Ella era su vida, su ilusión; en ella se encerraba su presente y su porvenir. ¿Qué valía el dinero, el prosaísmo ridículo de la moneda vil al lado de aquellos labios divinos, eternamente húmedos, rojos y jugosos, que parecían encerrar todas las felicidades soñadas por los más inspirados poetas?

¡Al diablo su tío y sus manías de viejo! ¿Qué sabía él del amor, del goce divino de

sentir al oido las dulces palabras de la amada, mientras su hálito, tibio como una caricia, le hacía estremecer de gozo?

Así, mozo y doncella, repitiendo una y otra vez sus planes de ventura a través de las calles desiertas y silenciosas, sentíanse más fuertes, más capaces de hacer frente a todas las oposiciones, que si grandes eran por parte de él no lo eran menores por lo que a ella hacia referencia.

De momento todo se reducía a esperar, a dejar su asunto en manos de ese gran diplomático que es el tiempo, supremo arreglador de todas las cuestiones. ¿Que importa que el camino sea largo cuando al final del mismo se adivina esp'endorosa la aurora de una dicha sin fin?

Regresaba la joven más animada que nunca a la humilde casita. Sobre cuyo tejado, las palomas de San Marcos, blancas, semejantes a pedazos de mármol que por un milagro se desgajaran de las cornisas para volar sobre el azul, entonaban constantemente sus arrullos amorosos, que eran como una invitación. ¡Aquellas sí que eran libres y podían amarse como quisieran!

Desde el balcón, Rosina enviaba el último saludo al galán que todavía continuaba en la calle esperando ver una vez más al querido rostro, la dulce sonrisa de la adorada...

Estos amores eran conocidos de Rosa, la abuela. La bondadosa mujer había amado mucho, conocía por experiencia las torturas del amor contrariado y miraba con benevolencia el despertar del corazón de su nieta. ¡Que vi-

viera, que soñara... tiempo le quedaría de ser desgraciada como ella lo había sido!...

Y mientras las dos almas buenas soñaban en la pobre casita, Mómolo y Nane, galeotes voluntarios, remaban sin cesar por el canal.

Los encontramos acompañando a dos turistas ingleses. Nane, de pie sobre la popa empuñando con fuerza el ancho y largo remo; Mómolo, sentado junto a la «camarina» de la nave se entretenía en dar explicaciones a los turistas, que ansiosos de ver no apartaban su vista de las vetustas mojés ni su atención de las casi ininteligibles palabras.

—Esta —decía el cicerone— es la casa de Brabancio, donde Otelo conoció a la infeliz Desdémona, muerta trágicamente por el Moro en un arranque de infundados celos.

En la mente del turista, ante el escenario de la realidad, con toda su fuerza evocadora, surgía la famosa tragedia shakespeariana; creía ver a los personajes a través de las entornadas celosías y ¡oh, poder de la ilusión! hasta corría por sus venas un escalofrío de terror al oír el grito lejano de un vendedor ambulante, cual si aquella voz ronca fuera el penetrante alarido del vengativo Otelo hundiendo su daga en las sonrosadas carnes de la hermosa niadona.

Más allá, Mómolo, tenía otra vez ocasión de hacer alarde de sus vastos conocimientos históricos:

—Este es el horrible y famoso Puente de los Suspiros, por donde echaron al agua al pobre Fornaretto.

Concluido el viaje, Mómolo quitóse su gorro

de terciopelo, ornado por las clásicas plumas de halcón y preparóse a recibir el importe de su trabajo. Los turistas acostumbrados a pagar en libras diéronle doble cantidad de la convenida pero el honrado Mómolo protestó :

—Perdone, caballero, pero me da usted el doble de lo estipulado y yo...

—¡ Oh ! osté ser el mejor gondolero de Venecia.

Y el buen hombre, satisfecho su amor propio y su escasa ambición amarró la barca al poste tradicional. ¡ Si todos los días cayeran ingleses, pensó, no sería ingrata la vida de gondolero ! Pero por desgracia los tiempos estaban malos, la competencia era ruinosa y las necesidades de la vida aumentaban cada día.

II

Del embarcadero fué a una tienda cercana y compró la comida del día, comida pobre, la única que podían permitirse cuando se la permitían : unas cuantas sardinas.

Entretanto el apuesto y rondador mancebo que ya conocemos, lanzaba un silbido peculiar y Rosina salía al balcón.

—Toma estos dos ramos de flores —le dijo tirándoselos —. Uno para ti y el otro para la abuelita.

Momentos después llegaba Mómolo a su casa y dejaba sobre la mesa las sardinas.

—¡ Oh, mira, mamá, qué abundancia ; chuletas con ojos ! ¡ Hoy es día grande ! —exclamó gozosa riéndose de su propia penuria.

La que había recibido el nombre de mamá,



una mujer como de unos cincuenta años, las miró tristemente y dijo suspirando :

—¡ Estas son las comidas qué nos da tu padre... las suculentas comidas ! Si cambiara de oficio, cuánto mejor nos iría a todos... Pero el se empeña en seguir ilustrando la historia de los Paneti y ni siquiera piensa en que su pobre madre va a tener que entrar en el Asilo de Ancianos.

—¿Qué dices mamá? —La abuelita al Asilo?... —Quién ha pensado eso?—exclamó Rosina entristecida de súbito.

—Yo misma lo he pensado y he convencido a tu padre para que lo haga. Con su pobre sueldo no podemos vivir y la abuelita necesita unos cuidados y una alimentación que aquí estamos muy lejos de proporcionarle.

Betina, a quien Rosina y Nane daban el nombre de madre era la segunda esposa de Mómolo y la única que en aquella casa no se resignaba a llevar la estrechez con la misma paciencia que los demás. Las últimas palabras de ésta, fueron oídas por la bondadosa anciana, cuyo semblante apareció también oscurecido por una nube de tristeza y resignación.

Betina, aun cuando en apariencia simulara un carácter agrio, no era mala en el fondo. Todo su mal humor provenía de las estrecheces a que constantemente se veía sometida y con las cuales no se avenía de buen grado. Y si deseaba la marcha de la abuela, era por tener el convencimiento de que la pobre anciana experimentaría con ello un gran bien. Por lo demás, fuese la comida la que quisiese a madona Rosa no le faltaba nunca una taza de caldo oculta por Betina en los vacíos armarios.

—Comprendo hijos míos — dijo la abuela sentándose a la mesa—que la vida es cada día más difícil y que yo por lo poco que valgo, no soy más que un estorbo. Pero no te apures Betina, si Mómolo no ha ganado bastante dinero esta mañana, aquí tengo yo algo que to-

davía nos puede dar de comer hoy y algunos días.

Y así diciendo, la pobre anciana sacó un medallón con su retrato, que pendiente de dorada cadena, llevaba dentro de su pecho.

—No, abuelita, no te lo vendas — exclamó Rosina—. ¡Es tan bonito!...

—Sí, hija mía, muy bonito pero aquí en mi cuello ya no sirve de nada. Cuando me lo mandé hacer era yo una mujer muy aceptable, ¡las cosas que me decían por la calle! ; pero ahora que ya no me parezco en nada, entiendo que es un deber privarme de ello si con esto puedo ayudaros...

Toda la familia, excepto Betina, se opuso a la venta del querido recuerdo.

—No, madre, no lo vendas—decía Mómolo—yo tengo la esperanza de que tarde o temprano la fortuna entrará un día por las puertas de esta casa.

La fortuna, precisamente, no entró, pero si un señor bien vestido, cuya entrada cortó la discusión. Era el tío de Carlos que venía a solicitar los servicios de Mómolo para aquella tarde a las tres.

Convenido que fué el trato, marchóse el rentista y la conversación recayó sobre las regatas de gondoleros que debían celebrarse al siguiente día con motivo de las fiestas del Redentor. Mómolo ya viejo para tales lides, esperaba que su hijo dejaría en muy buen lugar el pabellón de los Paneti. Para ello, había guardado la mayor parte del dinero ganado aquella mañana. Había que alimentar bien a Nane, que cobrara fuerzas, que ganara el premio ofrecido por el

Ayuntamiento y si lo conseguía ya no había que pensar en el Asilo. Habría dinero de sobras para capear el temporal durante una buena temporada.

Y con las ilusiones del triunfo, recreando en él por anticipado, padre e hijo volvieron al Gran Canal. ¡A remar! como cada mañana y cada tarde...

El tío de Carlos no fué tan espléndido como los ingleses; por no pagar más que lo justo ni siquiera dió la propina acostumbrada.

Apenas el sórdido cliente desapareció de la vista de los gondoleros, entró Nane en la «camarina» y encontró que el tal señor se había dejado olvidada la cartera.

—Esta vez te has marchado sin propina—dijo para sí el joven—pero ya la darás más tarde. Y con la esperanza de que el tal hallazgo le valdría una recompensa, volvió a su casa, y sin decir a nadie una palabra, entregó la cartera a su madre.

—Toma — le dijo — la he encontrado en la góndola : Escóndela y sobre todo no toques un céntimo de ella. Espero que su propietario pondrá un anuncio en el periódico ; se la devolveremos y aunque no es muy espléndido no dejará de darme una buena recompensa.

Betina contemplaba extasiada los billetes. Blancos, azules, color de rosa... Habíalos en abundancia de todos valores y tamaños.

—Hijo mío—dijo por fin—creo que si te has encontrado esto en la góndola te lo has encontrado en nuestra casa y que por lo tanto nos pertenece.

—No, madre, eso si que no. Pobres, pero

honrados. Por ahora guarda la cartera, y apenas aparezca el anuncio a devolverla.

—Hombre, conozco bien los Mandamientos de la Ley de Dios. ¡El séptimo no hurtarás ! Pero bien mirado, esto no es un hurto.

—Está dicho y basta. Guárda'a y que nadie se entere.

En estas razones estaban cuando apareció Mómolo y con gran asombro de madre e hijo depositó varias monedas de plata sobre la mesa.

—Betina — dijo a su esposa —, tienes que comprar carne, vino, huevos... de todo. Hay que alimentar a Nane como a un gran señor ; debe estar fuerte para mañana. Es necesario que co'oque el pabellón de los Paneti a la altura que ha estado siempre...

El buen hombre, impulsado por la costumbre, llevóse la mano al bolsillo superior de su chaquetilla y quedó perplejo.

—El caso es—dijo en voz alta—que no sé la hora que es y a las cinco debo estar otra vez en el embarcadero. ¿Sabéis si habrán dado ya?

—Madre e hijo cambiaron una rápida mirada : ya estaba explicada la procedencia de tanto dinero.

—De aquí en adelante — murmuró Betina mirando al bolsillo donde antes estaba el reloj—, tendremos que saber la hora que es por el cosquilleo del estómago.

—Sí, mujer, sí—murmuró el esposo—; y el día que no comamos nos haremos la cuenta de que se nos ha parado el reloj en las doce.

—Hijo mío—dijo la abuela entrando segui-

dá de Rosina—. ¿Cómo va el asunto del Asilo? ¿Me admiten por fin?

—Tengo que volver mañana por la respuesta.

—Pues procura activarlo cuanto sea posible, yo ya estoy resignada. Y al decir esto pugnaban por salir las lágrimas a los ojos de la venerable anciana.

—¡No nos abandones abuelita! —gimió desolada Rosina—; Si es necesario yo coseré día y noche, pero no te vayas!

—¡Pobre hijita, tesoro mío! Se gana tan poco hoy día que aun haciendo lo que dices no lograrías nada... Además se acerca el invierno y el frío hace tanto daño a los viejos!...

—¡No te vayas abuelita, yo no sabré pasar sin ti!

—Es necesario que te acostumbres, hijita. Soy tan vieja y achacosa que cualquier día me voy para siempre y entonces ¿qué remedio te quedará sino acostumbrarte?

Abuela y nieta, estrechamente abrazadas salieron de la habitación hacia la sala contigua donde estaba el único balcón de la casona.

—Dime, abuelita —murmuró la muchacha arrodillándose a sus pies y poniendo la cabeza sobre su falda—; ¿De veras no te da pena abandonarnos?

—Pues bien, sí, ¿por qué negarlo? ¡No puedes figurarte la tristeza que me invade al pensar que dentro de pocos días estaré sola, lejos de vosotros, encerrada entre cuatro paredes como una prisionera, por el solo pecado de ser pobre, y rodeada de desgracias...

—Pero no llores niña mía —prosiguió la anciana—.. ¡Qué fea te pones cuando lloras de esta manera! ¿Qué dirá de ti ese pollo engomado que pasea tu puerta todo el santo día si te viera de esta manera? Acabarías por no gustarle.

—No me hago ilusiones, abuela; él es rico,



yo soy pobre. El tiene un tío avaro que espera casarlo con una rica heredera y yo tengo un padre que espera elija por esposo a un gondolero; y si no lo escojo me lo impondrá, que aun es peor. ¡Fíjate si tenemos dificultades!

—También yo cuando fui joven me encontré en tus mismas condiciones; también tuve un novio rico, y, si no he tenido fuerzas para olvidar, al menos he cumplido siempre con mi

deber, doblegándome al destino. Tú debes hacer lo mismo.

—¡Soy tan desgraciada, abuelita, que desearía dormirme aquí, en tu falda, como cuando era niña, y no despertar jamás!

—¡Pobre niña mía! ¡La culpa de todo la tiene ese pillo, granuja, que te ha sorbido el seso, pero anda, que como yo le vea, se va a reir! A propósito, oigo que está silbando y me parece que no hay nadie en la casa. ¡Verás, verás, esta es mi ocasión. Antes de ir al Ásilo voy a dejar arreglado este asunto.

Y la simpática viejecita de cabellos blancos y corazón de oro salió corriendo al balcón, seco su llanto e inundada el alma por súbita alegría.

—No le trates mal, abuelita — dijo Rosina con voz suplicante —. El es tan desgraciado como yo...

Pero la abue'a ya no oía, no podía oírla; levantó su mano e hizo una señal al joven para que se acercara.

—Soy la abuela de Rosina, caballerito, y me gustaría saber por qué en lugar de subir y hablar con la familia se pasa usted contando cuantos pasos tiene la calle, o mirando para arriba, como si temiera que le vamos a tirar algo. Suba usted, suba.

Carlos no se hizo repetir la orden.

—Verá usted, señora — dijo el joven continuando la conversación —, yo adoro a su nieta con toda mi alma, pero mi tío..., en fin ya lo debe saber usted. Por lo demás, tenga entendido que cada día le voy dando un nuevo

toquecito y no tardaré en tenerlo convencido del todo.

—Todo eso está muy bien, joven, pero su elo-
cuencia no acaba de convencerme... quizás co-
mo vieja sea demasiado desconfiada. Venga
usted esta noche a ver a mi hijo Mómolo y se-
guramente convencerá a él. Creo que es lo
mejor.

Así quedó concertado con gran alegría de
los dos jóvenes que comenzaron a bailotear y
hacer caricias a la anciana.

—¡Dejadme, granujillas, dejadme!... ¿Dónde se ha visto maltratar de esta manera a una
pobre vieja? — protestaba sonriente.

Oyérone pasos y poco después apareció Be-
tina. Al ver al desconocido interrogó a las dos
mujeres con la mirada.

—Es un pintor, ¿sabes? — dijo la abuela
por salir del paso — un pintor que hemos lla-
mado para que vea mi retrato y lo compre.

Betina tomó la joya de la abue'a y comen-
tó a trabajar el artículo:

—Es una joya soberbia, estupendamente aca-
bada. Fíjese qué boca... qué nariz, qué ojos.
Y el esmalte es finísimo; no se ha hecho me-
jor joya en Venecia.

La abuela y la nieta, al ver el entusiasmo de
Betina, hacían desesperados esfuerzos para no
soltar la risa. Carlos miraba y remiraba el re-
trato dándose las de inteligente en la materia.

—Es un esmalte finísimo, señora — dijo por
fin con la mayor gravedad posible —. Creo que
podremos obtener un precio bastante elevado.
Esta noche volveré y hablaré con el dueño de
la casa para que él me fije el precio.

III

Al llegar la noche la excelente doña Rosa se decidió a resolver el problema que tan preocupada la tenía y al efecto tuvo con su hijo una larga y reservada conversación.

—Es un muchacho bueno, honrado, formal y con una gran fortuna. Yo creo que es la solución, hijo mío; tú piensa como quieras.

—No; Rosina se casará con un hombre de mi condición, con un trabajador. ¡Es mi última palabra!

—Piensa hijo mío que Rosina está enamorada de él; que es nuestra solución... que es para ella un porvenir...

—Un porvenir... un porvenir—repetía Mómolo vacilante—. ¿Y quién me garantiza a mí que ese joven no viene con intenciones de reírse de nosotros? No, no, madre; no debemos deslumbrarnos; los pobres con los pobres...

—Señor Paneti—dijo Carlos entrando—tengo mucho gusto en estrechar su mano. Supongo no debe ignorar el objeto de mi visita.

—No lo ignoro y permítame le diga que pretendo un imposible.

—¿Por qué?

—Porque usted es rico y nosotros pobres. Usted tiene unas manos finísimas y yo ¡fíjese qué callos! No es posible, amigo mío... no es

possible que usted y Rosina lleguen a comprenderse, a quererse como dos iguales.

—Del cariño mío respondo yo, y del de Rosina... ¡también! ¿Cómo no he de responder si es un angel de bondad que me adora con toda su alma?

—Mire, joven, yo le agradezco mucho la distinción que nos hace, pero...

—¡No hay pero que valga! Ahora que ya tengo a mi tío—dijo riendo Carlos— a la fiera de mi tío, casi convencido, ¿me va usted a salir con imposibles? ¿Va usted a tener tan mal corazón que haga desgraciados para toda la vida a dos jóvenes que no han cometido otro delito que el de amarse? Tal conducta sería indigna de ser sustentada por un Paneti; cuya tradicional bondad ha sido siempre el emblema de la familia.

—¿Ve usted? Eso sí que es bien cierto; donde hubo un Paneti, hubo siempre un hombre de corazón, un hombre bueno... —repuso el viejo tocado en lo vivo de sus afecciones.

—¡Pues si es lo que yo digo, señor! Sería usted el primer Paneti que saliera malo, de modo que si quiere romper con la tradición...

—Es usted capaz de convencer a una estatua, joven ¡Qué sea lo que Dios quiera! ¡Ojalá no me arrepienta nunca de haber accedido a su petición!

En aquel instante apareció en la puerta el tío de Carlos que venía en busca de la cartera perdida aquella tarde.

—Mi tío, mi tío—exclamó el joven buscando en vano un rincón donde ocultarse.

—Ya me figuro el objeto de su visita, cabá-

llerio—repuso Paneti adelantándose a saludar al anciano.

—Entonces no tiene más que dárme'a ya que vengo a por ella.

—¡ Caballero usted tiene ganas de bromear ! Comprenda que para que mi hija salga de esta casa son indispensables ciertas formalidades... ¡ Pobres pero honrados ! — contestó Paneti adoptando una postura de dignidad como para esculpirla en mármoles de Carrara.

—¡ Pero qué hija, ni qué garambainas ! Yo vengo a por mi cartera que esta tarde me dejé en la góndola ; de modo que ¡ menos bromas y a restituir !

Entonces fué Paneti quien se quedó a su vez boquiabierto, mirando a los suyos. Pero si grande fué la sorpresa del gondolero no fué menos la del rentista al ver allí a su sobrino.

—¿ Cómo aquí entre esta gentuza, que quieren quedarse impunemente con mi dinero ?

—Descúbrase, señor, está usted entre gente honrada—observó la abuela un tanto amoscada.

—¡ Basta, tío ! —dijo a su vez Carlos, no de muy buen talante—Móm'o es un hombre honrado, incapaz de quedarse con nada que no le pertenezca. Respondo de él y de toda su familia, que ha de ser pronto la tuya, ya que yo estoy enamorado de su hija.

—¿ De la hija de un gondolero?... ¡ Tú estás loco ; pero loco de atar ! ¡ Ya te ajustaré yo las cuentas, desgraciado ! ¡ No me faltaba más que ver !...

—¡ Fuera de mi casa ; fuera ! —gritó Móm'o haciendo además de pegar al anciano.

—¡ Me voy, señores, me voy ; pero ya sabrán ustedes quién es Bartolo Gavani y cómo las gasta !

Al oir aquel nombre la pobre abuela pareció electrizada. Era el pasado que resurgía ante ella con toda la avasalladora fuerza del presente. Los años transcurridos, no habían



conseguido apagar todavía el fuego encendido en su juventud ¡ Bartolo Gavani ! ¡ Cuántas cosas decía a la bondadosa anciana el nombre de aquel viejo al parecer irascible ! El Destino que tan cruelmente los separó, volvía a ponerlos frente a frente en unas circunstancias bien parecidas a las de sus años de juventud.

Y precisamente por ser estas circunstan-

cias tan semejantes es por lo que el rostro de la abuela pareció animarse cual si de aquella coincidencia esperase ella obtener el triunfo. Recobrado su dominio acercóse al joven que parecía dispuesto a partir.

—Oiga, Carlos, ¿dice que su tío se llama Bartolo Gavani?...

—Sí, señora, Bartolo Gavani, natural de Chioggia de donde desciende mi familia...

—Entonces — dijo ella al oído del muchacho —dígale que mañana a las tres, mientras las regatas, le esperaré aquí para devolverle la cartera. Pero, ¡por Dios!, que no se entere nadie, ni mi nieta.

Ausente Nane por hallarse entrenando para la prueba del día siguiente, era Betina la única que poseía el secreto, cuya revelación hubiera evitado tan violenta escena. Su egoísmo, inspirado por el deseo de evitar que la anciana fuéra al Asilo, le hizo callar. Pensaba la pobre mujer que el viejo daría su dinero por perdido y entonces vendría a sonreírles la abundancia que desde tanto tiempo parecía darles la espalda.

La joven Rosina no cesaba un instante de llorar. Consideraba que aquel incidente rompía definitivamente su felicidad. A los prejuicios de clase habría que añadir la infame mancha que pesaba sobre la reputación de los suyos.

—No te desanimes, hija mía —le decía la abuela acariciándola— Hace muchos años que este señor y yo nos conocemos. Entonces él era un joven muy simpático; como tu Carlos, y yo, una Rosina joven y guapa como tú. Vete

a dormir y confía en la abuelita que no descansará hasta verte enteramente feliz.

Aquella noche la abuelita apenas si pudo conciliar el sueño pensando cómo habría de componérselas al siguiente día para salir airosa de su cometido. ¿Quedaría en ridículo recibiendo al final de sus días un desprecio en pago a tantos años de ferviente adoración? ¡Cambia tanto el carácter con el tiempo! Hubiese sido para ella tan sensible el llevarse esta última amargura después de una vida de penas alumbrada solamente por el débil resplandor de una ilusión desaparecida.

Porque aunque parezca increíble, en los momentos más amargos de su vida, la dulce abuelita sentíase confortada con sólo pensar en los días felices, en aquellos días que pasaron y que como dijo el poeta ¡«no volverán»!

IV

Llegó el día de las regatas. Venecia entera se volcó en las riberas del Gran Canal ávida de presenciar el gran acontecimiento que sólo competía en animación con el famoso Carnaval. Las aguas tranquilas, viéronse surcadas por cientos de naves empavesadas... las calles tranquilas y silentes alborozáronse con el ruido de miles de bocas y andar agitado de la bulliciosa muchedumbre.

Allí, al pie de la escalinata de la «Piazzetta», estaban Nane y su compañero Martori, prestos a entrar en la lid. Entre los asistentes los nombres de Paneti y Martori sonaban más de una vez indicándoles como una de las parejas que contaba con mayores probabilidades.

—¡Animo hijo mío, ojo atento, buen puño en la virada! Llevas el nombre de Paneti, ¡no te digo más! —decía Mómolo pugnando a duras penas por contener su emoción.

—Pierde cuidado, padre, sabré defenderlo y ganar el premio que tanto necesitamos. Por ti y por la abuelita —dijo el joven embarcándose resuelto.

Alineáronse las naves. El rumor de la multitud calló como por encanto y rasgó los aires el áspero chirriar de un cohete. Al estallar éste los jóvenes luchadores salieron desordenadamente remando con fuerza y un ruido ensordecedor vino a comover por milésima vez los recios sillares de los magníficos palacios.

—¡Avanti Jiuseppe! ¡Animo Mario! ¡Corre Bellini!...

El público enardecido por el esfuerzo de los gondoleros, empujaba a éstos con la fuerza arrolladora de su entusiasmo. Martori y Nane, palmo a palmo iban ganando el terreno a sus adversarios. Todas las miradas parecían clavadas sobre los dos animosos muchachos que poseídos de loca fiebre bogaban sin cesar con ciega fe en el triunfo.

Al llegar frente a su familia, distrajo Nane un momento su mirada y el remo chocó contra una estaca plantada en el fondo del canal yendo al agua. Orzó Martori con fuerza, re-

troció la góndola y el joven gondolero pudo recuperar su pala entre las maldiciones y de nuestros del desesperado Mómolo que enfurecido mesábase los cabellos.

Pasáronles delante varias góndolas; la partida parecía definitivamente perdida para ellos. No obstante, Nane remó con vigor de titán y la barca se deslizó cual impelida por un huracán. Los aplausos de la multitud coronaron el esfuerzo de los héroes. El nombre de Paneti fué pronunciado a voz en grito por los asistentes con gran contento de Mómolo, que con el triunfo de su hijo vió renovarse las glorias de su apellido.

Pero más emociones que en las orillas del canal reinaban en aquel momento en el corazón de la abuelita. Casi no acertaba a abrir sus labios en presencia de aquel hombre ya decrepito que en otro tiempo lo había sido todo para ella.

—Nosotros — dijo por fin — no tenemos su cartera, pero en cambio voy a darle algo que le interesará todavía mucho más. ¡Mi retrato de cuando era joven!

El señor Gavani, indignado y sorprendido, tomó en sus manos el medallón mirando a la anciana con aire de muy pocos amigos. En sus ojos se leía bien claro que no estaba dispuesto a sufrir más burlas.

—¡Vamos, dele usted una mirada! En otro tiempo — prosiguió ella decidida — para obtener esto, hubiera sido usted capaz de dar la vida...

—¡Pero si es Rosina!... ¡Mi Rosina!... ¡Usted!... ¡Tú!

—¡ Quietó señor Gavani, quieto ! No me abrace usted, ahora soy Rosa ; Rosa a secas... una rosa ajada y sin color.

Por la mente de los dos, cruzó en aquel instante el mismo pensamiento :

—¡ Dios mío, y éste es aquel !...

—¡ Dios mío, y ésta es aquella !...

—Y... se acuerda usted todavía de aquellos tiempos.

—¡ Rosina, permítame que la siga llamando Rosina, como en mis sueños, ciertos dolores, como ciertas heridas, no desaparecen nunca en nuestra vida ! Al canjearse los prisioneros volví a Chioggia, la busqué... Me dijeron que había partido con su padre para Venecia, vine aquí pero todo fué inútil... ¡ todo en vano ! ¡ Cuánto he llorado, Rosina !

Quedaron mudos los dos viejos y revivieron en sus almas los recuerdos de su pasado de turbulencias... Era por los gloriosos tiempos del heroico Garibaldi, el salvador de Italia. Allá en Chioggia, pequeña ciudad del Veneto, a la razón hollada por la planta del invasor, dos jóvenes tejían la dorada madeja de sus ilusiones. Rosina bella y pobre y Bartolo hijo del alcalde.

El padre de Rosa era un patriota furibundo. Cayatano, su único hijo varón, había muerto algunos días antes como un héroe a la sombra de la bandera airosamente tremolada por las redentoras huestes del gran Garibaldi, el héroe nacional, creador de la unidad de la Patria. El padre de Bartolo era en opinión de todos un «austriaco», un renegado espía puesto en semejante cargo por el invasor.

En tales circunstancias, bien claro se ve que el matrimonio resultaba más que imposible. Ella, hija de un patriota ; él, de un traidor y por añadidura de clase distinta...

—Nos escaparemos Rosina—decía él todas las noches al pie de su ventana—Huiremos bien lejos, a Venecia, a Roma, a donde veamos que haya un rincón tranquilo para amarnos libremente.

Y ella, enamorada con toda la pasión de su juventud, acuciada por los obstáculos que son acicate en materia de amor, dudaba...

—¡ Mi padre es ya muy viejo, Bartolo... se moriría de pena !

—Lo mandaremos venir. Nos casaremos y luego él mismo vendrá a nuestro lado a darnos su bendición...

Cierta noche, mientras Bartolo en la plazoleta formada ante la casa de su amada esperaba en unión de otro amigo la hora de poder haber libremente, pasaron algunos gendarmes austriacos. Sintiéronse valientes los mozos y arremetieron contra el invasor. Cercada después la plaza, apareció Bartolo como autor de los disparos y fué conducido a la cárcel.

El alcalde trasladóse a visitar al jefe de policía tan pronto tuvo conocimiento del hecho.

—Vuecencia — le dijo — conoce mi lealtad, sabe cuantos consejos ha recibido útiles a la patria y por lo tanto no creo dará fe a cuantos por odio a mí denuncian como autor a mi hijo.

—Desgraciadamente, las acusaciones son también de los nuestros, señor alcalde. No obstante como el gendarme herido parece ser no

morirá, tan pronto se tenga la certitud de que será salvado yo haré desaparecer el proceso. Mientras tanto en previsión de una muerte que yo no podría justificar me quedaré en rehenes al culpable.

Dos noches después, bajo los balcones de Rosina oyérone los acordes de una serenata y



una dulce voz de tenor rasgó el silencio de la noche.

—¡Padre... padre! — gritó ella emocionada—. Ya ha salido de la cárcel el hijo del alcalde.

—¡Claro, es el hijo del traidor y tan honrado como él! Ya sabía yo qué no estaría mucho.

—¡Eso no es cierto, padre! —repuso Rosina con un acento que la traicionó—. Bartolo no es ningún espía!

—¿Y tú cómo lo sabes?

La pobre Rosina, bajó la cabeza, ruborizada.

—Así, esa serenata ¿era para ti? ¡Entiéndalo bien, hija mía; tú no te puedes casar más que con un hombre de tu condición, y cuando sea, lo harás con un patriota como yo, como tu pobre hermano que Dios tenga en su gloria, pero con un renegado ¡jamás! ¿Comprendes? ¡Jamás!

Días después Bartolo tenía una violenta explicación con su padre:

—No nos entenderíamos nunca, padre; no quieres a esa joven porque es hija de un patriota y tú eres... ¡austriaco!

El padre, ciego de ira, sacó su uniforme de garibaldino y una carta del famoso Mazzini.

—¿Te convences ahora? Soy tan patriota como el que más; pero no te casarás con ella. ¡Te lo prohíbo yo, que si me entero de que vuelves a su ventana te haré encarcelar!

Aquella misma noche, Bartolo, seguido de su fiel criado, fué a raptar a Rosina y cuando ambos descendían por la escalera de cuerda, fueron sorprendidos por la policía.

Dos meses después la desgraciada joven recibía una carta, que todavía amarilla por los años guardaba cual reliquia sagrada.

«La luz se ha hecho en mí, Rosina. Conseguí evadirmé de la cárcel y soy garibaldino. Me bato con tu nombre en mis labios esperando volver cubierto de gloria y merecer el aprecio de tu padre.»

»Bartolo».

El héroe cayó prisionero en una acción desgraciada, Rosina no supo más de él y meses después, partía con su padre a Venecia, huyendo de la guerra que asolaba la comarca.

—¿Y después, Rosina... después?—preguntó el viejo con ansiedad.

—Después, ya lo ve usted. Tuve hijos; tengo nietos... ¿Verdad que no consentirá usted que sean tan desgraciados como nosotros?

El señor Gavani iba a responder, pero no pudo. Oyóse en aquel momento un tropel de pasos por la escalera y Nane entró precipitadamente en la sala, casi a oscuras, abrazando con efusión a su abuela.

—¡Albricias, abuela, albricias! ¡He triunfado! ¡Ya no tendrás que ir al asilo!

—Pero iba usted a ingresar en el asilo, Rosina? ¡No, no; mientras viva Bartolo Gavani usted seguirá en esta casa!

La pobre anciana lloraba de alegría. En cuanto al señor Gavani, contagiado por las lágrimas de su adorada de otro tiempo y por lo que acababa de saber, le faltaba también muy poco para hacer otro tanto.

—¡Mamá! —gritó Nane reparando entonces en el caballero—, este señor debe venir por la cartera que ayer recogí yo en la góndola. ¡Dáselo! La guardé con la esperanza de que usted me daría una buena propina. Los tiempos están malos y hay que aprovecharlo todo, ¿sabe usted, señor?

Bartolo Gavani tomó la cartera de manos de Betina y, enseñándoles el medallón, excusó:

—Con el dinero que hay aquí, me van a per-

mitir les compre esta joya, que para mí vale más que todo el oro del mundo.

—Eso no se compra, Bartolo. Puede usted quedarse con ella —dijo la anciana.

—Gracias, Rosina, gracias. Esto me demuestra más que nada que todavía sigo siendo para ti, digo, para usted... el Bartolo de otro tiempo —repuso el viejo, al par que la envolvía en una mirada cariñosa.

Ante aquellas palabras de tan raro significado, los reunidos miraron uno a otros con extrañeza.

—Así, abuelita —exclamó Rosina—, este señor es aquel novio de quien me hablabas anoche...

Cual colegiala cogida *infraganti*, la anciana bajó la cabeza, cubierta su rugosa faz por el carmín del rubor y sin acertar a responder. El señor Gavani, a su lado, estaba tan cohibido o más que ella; el buen señor hubiera deseado que se hubiese abierto la tierra a sus pies...

Nane, Rosina y Carlos, cogidos de las manos, comenzaron a bailar alrededor de ellos, gritando:

—¡Viva el novio de la abuelita! ¡Vivaaa!...

—¡Dios mío! —decía para sí la abuelita, loca de contento—. Tú que desde allá arriba ves todo perfectamente, haz que las cosas se arreglen como... como deben arreglarse.

Dos meses después, de la sumuosa catedral de San Marcos salía un lucido cortejo nupcial, al frente del cual iban Rosina y Carlos cogidos del brazo. Como padrinos de boda iban la abuelita y el señor Gavani, para quienes entonces comenzaba una segunda juventud.

—Y ahora, Rosina, después de esto, ¿me permitirás que te trate de «tú» como hace cincuenta años?

—Ahora te permito que me trates como quieras—. Estoy tan contenta, que me parece soy yo quien ha contraído matrimonio.

FIN

